

Jaime Valdivieso

Proust: un costumbrista universal

En una reciente encuesta de la revista *Lire*, realizada en colaboración con otros diarios y revistas europeos (*El país*, *The Times*, *La Stampa* y *Die Zeit*) aparece Marcel Proust como uno de los mayores escritores de todos los tiempos después de Shakespeare, Goethe, Cervantes, Dante y Kafka; y entre los franceses antes de Balzac, Molière y Voltaire.

Aunque esto nada tienen de extraño para sus admiradores, dudamos que muchos hayan reflexionado acerca de las verdaderas razones de su grandeza y de su creciente atractivo, lo cual vale tanto para los lectores como para los propios escritores, en especial para los latinoamericanos.

Porque resulta que Proust viene a ser nada menos que el fundador de una nueva manera de mirar y de novelar, de una nueva corriente que suele denominarse como "realismo trascendental", en el sentido más literal del término, y de una manera diferente a escritores anteriores como Dostoievski, Tolstoi, Flaubert o Stendhal, también realistas y trascendentes y, por lo tanto, universales, pero partiendo del hombre mismo, hundiéndose en los laberintos psicopáticos el primero, describiendo el gran friso de la burguesía y la aristocracia, la épica de los cosacos o de todo un pueblo en la "guerra" o en la "paz", el segundo. En cambio Proust fue antes que nadie quien le asignó a los objetos y a las circunstancias cotidianas un valor cultural y antropológico, vinculándolos no sólo al espíritu universal, sino nacional y hasta de la aldea: el valor de un pregón callejero como:

À la tendresse, à la verdure
Artichauts tendres et beaux
Artichauts (p. 26. T. V.)

que la verdulera, empujando una carretilla, se valía de una división gregoriana para su letanía; o el origen toponímico de un pequeño villorrio, las manías de una vieja em-

pleada doméstica, la importancia, y sentido de una antigua iglesia, la vestimenta, el amoblado o el lenguaje cursi de un profesional que desea elevarse en la escala social. A todo le confiere un especial significado, relacionándolo con la vida, el alma y la historia, superando así el enfoque meramente decorativo del "realismo" balzaciano o el naturalismo cientifista y notarial de Zola y los hermanos Goncourt.

Proust inaugura, por lo tanto, una nueva manera de observar, de jerarquizar lo visualizado y experimentado, de tal forma que proporciona los mejores instrumentos a la literatura para que interese a todos, tanto a la norteamericana a través de William Faulkner, como a la nuestra, del sur, que por largo tiempo se encontraba encorsetada en las fórmulas de un criollismo determinista y ornamental. Esta manera de aproximarse a la realidad la explica el propio Proust: "Y al reunir todas las observaciones que había podido hacer sobre los invitados en una comida, el dibujo de las líneas por mí trazadas era como un *conjunto de leyes psicológicas*, donde apenas cabía el interés propio que el individuo hubiera podido tener en sus palabras" (Tomo V).

Como se ve, para Proust la realidad externa no tiene importancia por sí misma, sino en la medida en que se incorpora a nuestro espíritu, a nuestra subjetividad y a nuestro inconsciente con el valor de una ley científica. Al inconsciente lo relaciona con la "memoria espontánea", es decir, aquella que surge casualmente, cuyo ejemplo máximo y paradigma son los recuerdos que dispara el episodio tan conocido de las magdalenas a la hora del té en Combray. Episodio banal, insignificante pero que pone en movimiento todo el pasado del narrador hasta su madurez, cuando esos personajes de la vida parisina a quienes conoció jóvenes y llenos de fe o de vigor, aparecen en el último tomo, *El tiempo recobrado*, como espectros de sí mismos, figuras ajadas y

escépticas, agobiadas por una vida de frustraciones, perversiones y fracasos.

Por todo esto, Proust ha quedado como uno de los escritores que más han enriquecido el conocimiento del alma, con todas sus debilidades y contradicciones. Las angustias de los celos, la avidez de la figuración y del poder, las veleidades y torturas de los vicios sinuosos y escondidos. Nos ha ampliado nuestra capacidad de comprensión de las debilidades de los hombres y mujeres como nunca antes: "Pero no menos admirable que la semejanza de las virtudes es la variedad de los defectos, y para seguir queriendo a una persona no tenemos más remedio que no hacer caso de ellos y desdeñarlos en favor de las demás cualidades. La persona más perfecta tiene siempre un determinado defecto que choca o que da rabia".

Todo lo anterior nos dice que el gran novelista francés —que mucho antes que Cortázar en *Rayuela*, teoriza sobre la literatura y la manera de narrar en el propio libro que escribe— piensa que para llegar a conocer verdaderamente la realidad y al hombre, para llegar a conclusiones generales, son insuficientes los sentidos, la observación espontánea y que tal como trabajo los científicos, tanto el mundo externo como el interior, deben someterse a un proceso previamente elaborado por la razón: a una hipótesis, a una teoría.

Pero la literatura no sólo recrea y transforma la realidad sino que la *funda*: este es otro gran aporte de Proust para los escritores en países en formación como los nuestros. Después de la descripción de un paisaje, de un acontecimiento social, no vemos la naturaleza ni la colectividad de la misma manera: el escritor ha instituido una realidad que pasará a ser la más importante.

Años después el poeta Octavio Paz en uno de sus ensayos se refiere al paisaje mexicano distinto, después de la poesía de López Velarde. Y no cabe duda que nuestro

sur ya no es el mismo luego de la poesía de Jorge Teillier.

Leyendo a Proust sabemos tanto lo que pasaba en la sociedad de su tiempo, su toma de posición en un caso tan importante como el "affaire Dreyfus", por ej., como las disquisiciones más sofisticadas sobre todas las formas artísticas: teatro, pintura, música, arquitectura, siguiendo las concepciones estéticas del gran crítico inglés John Ruskin.

Se entiende así la deuda y admiración que muchos poetas y narradores tienen con Marcel Proust, aun aquellos que sin haberlo leído, han seguido el método que abrió a la literatura: incitar a que el escritor, luego de mirar aquello que es más característico, descienda hasta el fondo de sí mismo y allí, en el alambique de su intimidad, organice los materiales vistos y vividos transformándolos en algo de interés para todos.

La presencia de Proust se encuentra de muy distintas maneras en escritores latinoamericanos como Alejo Carpentier, Lezama Lima, Sábato, Manuel Rojas, y en un poeta tan distante de su clase y de su ideología como Pablo Neruda.

En más de una ocasión escuché al propio

Neruda referirse a Proust como a "ese genial maestro y asombroso iluminador de objetos, muebles, trajes y la sociedad de su época". Y durante una sobremesa, él y Alejo Carpentier concentraron la atención de quienes estábamos invitados, recordando como al descuido, variados y extensos pasajes de *À la recherche*.

En Isla Negra, en el jardín de su casa, Neruda disponía de variados lugares dónde sentarse, sitios estratégicos desde los cuales se obtenía un determinado corte de un lomaje, de un roquerío, del mar o de la playa. Adquiría una inesperada magia la conversación y el sabor del trago, mientras se miraban los diferentes y alternados ángulos del paisaje. Releyendo a Proust, durante una temporada de silencio cenobítico en mi oficina en una Universidad de Estados Unidos, me encontré en el tomo IV, con una página donde el narrador es llevado por su anfitriona por distintos lugares de la villa, desde donde sentados y copa en mano, descubrían súbitos ángulos de pueblos como Balbec, Parville o Douville. Tate, me dije, te pillé poeta. Esto te lo sugirió Proust.

Y, poco después de su muerte, un gran amigo suyo me contaba en México que poco antes de morir, Neruda fue entre-

vistado por un periodista francés, quien le preguntó por sus principales influencias. Levándolo misteriosa y socarronamente a un lado, le respondió que le diría un secreto, pero que no se lo contara a nadie: su mayor influencia venía de Proust.

No cabe duda que Carpentier trascendió el localismo y el exotismo que él mismo se reprochaba en *E-Qué-Yamba-O*, universalizando lo más genuino y localista de la realidad mestiza americana, en sus novelas *El reino de este mundo* y *Los pasos perdidos*, aparte de la idea de escribir con mayúscula muchos sustantivos comunes con el objeto, tal como Proust y de conferirles un valor general y arquetípico a ciertos conceptos.

Cortázar extrae de Proust no sólo la idea de teorizar sobre la novela en la misma novela que se escribe, sino su concepto del estilo como economía y visión del mundo, y sobre la importancia de la imaginación para atraer a un público no letrado: a un obrero o a un gaucho le interesa más un cuento sobre héroes y reyes que sobre obreros o gauchos.

Lezama Lima toma de Proust no sólo la idea de visión *órfica*, la inmersión en sí mismo, sino de que sólo es importante lo que desconocemos: "Lo que sabemos no nos pertenece", dice citando a Proust.

En la sintaxis nerudiana no es difícil detectar una semejanza en el recurso del símil, y cierto carácter aparentemente arbitrario de la enumeración verbal. Basta comparar la descripción de Proust de un personaje en un teatro, que no sabría decirse "si sufría, dormía, nadaba, estaba aovando o respiraba solamente", con los versos de "Las furias y las penas" y "nos desnudamos como para morir o nadar o envejecer".

Finalmente la tetralogía de Manuel Rojas sobre la vida de Aniceto Hevia, no es sino un buceo proustiano en su propio pasado, y en la que aparecen influencias no sólo en la modulación de los periodos, en la morosidad de ciertos análisis, sino en la manera de estratificar el tiempo, de montar y organizar los distintos planos narrativos según se presente el pasado en la memoria.

Pensamos que el gran mérito de Proust, es, junto con descubrir el valor del presente en el pasado y la génesis de muchas actitudes en el relieve antes inadvertido de un gesto, de una mirada, de una palabra o de un silencio, el haber sabido revelar la realidad inmediata, sometiéndola a un proceso teórico como la ciencia, confiriéndole esplendor y universalidad a los aspectos más banales y cotidianos de la existencia diaria, vinculándolos al espíritu y a lo mejor de la tradición. ◇

